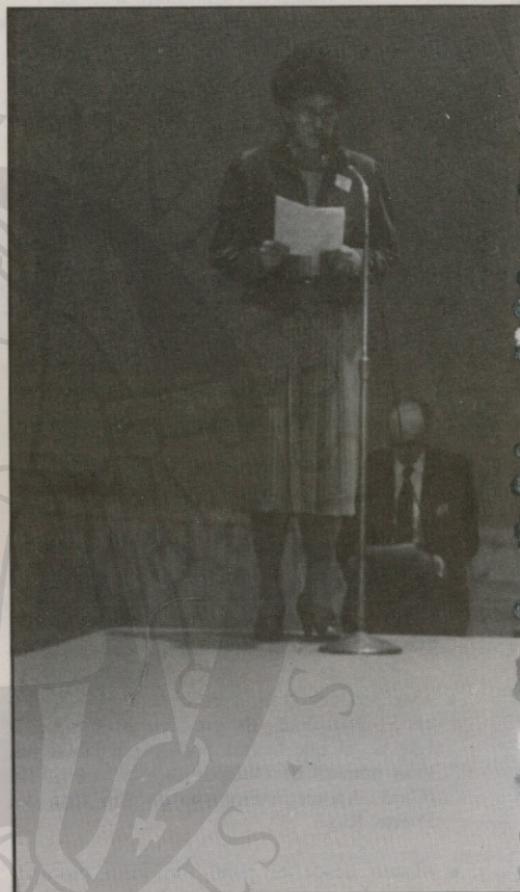


UNIV 83

EL ESTUDIO COMO TRABAJO

Miles de universitarios de todo el mundo volvieron a reunirse en Roma durante la Semana Santa. «Nuestro Tiempo» ofrece hoy los textos completos de dos discursos: el de la Presidenta del Congreso, la doctora venezolana Myriam Puig, y el de Juan Pablo II. Finalmente, Juan Belda, testigo de primera fila de una singular audiencia de despedida del Papa, describe este encuentro informal con los estudiantes y profesores del UNIV-83.



Santidad: reunidos en Roma durante estos días de la Semana Santa, los participantes en el Congreso UNIV 83 hemos reflexionado juntos sobre nuestra tarea universitaria.

Son pocos —entre nuestros compañeros— los que viven su estudio como un auténtico trabajo. Hemos visto en este fenómeno un eco de la decadencia del **protagonismo social de la Universidad.**

La idea germinal de la Universidad es la convicción de que progresar en el saber y difundirlo es un cometido humano de primer orden, que posee una decisiva relevancia social.

Pero, cuando la investigación y la docencia se rigen por las reglas del éxito inmediato, el desarrollo de los saberes se retrasa respecto al cambio social.

Si la Universidad parece llegar

PRIMERA FILA



siempre tarde, **post festum**, si no logra que sus valores específicos orienten la dinámica de la vida en común, es porque ella misma ha renunciado a la exigencia de estar en el origen mismo de los cambios sociales.

Esta es la paradoja que hemos registrado: la devaluación de nuestro trabajo, la pérdida del **protagonismo universitario**, tiene en su base la tentación pragma-

tista.

Para superar tal punto muerto, es preciso denunciar con valentía los errores del **economicismo**: ese reduccionismo que confunde **valor** con **precio**. El gran desafío que tenemos ante nosotros es la **deseconomización de la Universidad**.

El **valor añadido** por el trabajo universitario es el incremento en el saber teórico y práctico, que es una pura ganancia y que -por eso

UNIV 83

mismo— no puede ser medido en términos cuantitativos.

Ante el actual drama del **paro de los licenciados**, hemos de señalar que un auténtico universitario nunca puede estar **en paro**, aunque no tenga empleo. Porque su trabajo más propio —la búsqueda de la verdad y la difusión del saber— procede de una fuente interna, que está por encima del intercambio material.

La Universidad es una atmósfera excepcional para descubrir el valor intrínseco del trabajo, la dignidad de todo quehacer humano. Porque la esencia del trabajo consiste en hacer una **aportación personal** a la sociedad.

En esta hora cargada de incertidumbres, pero surcada también de esperanzas, la Universidad debe descubrir de nuevo su aportación específica: el libre y esforzado progreso en un saber **abierto a lo universal**.

Como guía para esta gran tarea intelectual —de testimonio humano y cristiano— contamos sobre todo con las luminosas palabras que Su Santidad nos dirigió el martes pasado. La mejor conclusión de nuestro Congreso es el decidido propósito de pensar seriamente en lo que nos dijo e intentar, con todas nuestras fuerzas, ponerlo por obra. ¡Muchas gracias, Santo Padre!■

DISCURSO DEL PAPA

Queridísimos:

Ha llegado también este año el momento de nuestra cita ya habitual, con ocasión de vuestro congreso en Roma, dedicado esta vez al tema «El estudio como trabajo».

Quiero expresaros la alegría con que me uno a vosotros, estudiantes y profesores universitarios de tantos países, y la confianza con la que encomiendo vuestras esperanzas a la intercesión de la Santísima Virgen, **Causa nostrae laetitiae**, Fuente de la alegría que debe impregnar la vida de todo cristiano y sobre todo de vosotros jóvenes.

¿Se puede considerar el estudio como un trabajo? Ciertamente, al menos si entendemos los conceptos de «estudio» y de «trabajo» en su significado más profundo, que es humanístico y religioso al mismo tiempo.

El estudio, en sentido técnico y preciso, es ante todo **trabajo del intelecto** que busca la verdad para conocerla y comunicarla. Si «trabajo» quiere decir disciplina, método, fatiga, el estudio es ciertamente todo esto. ¡Y qué fundamental es para vuestra vida el trabajo metódico, humilde, perseverante de nuestro intelecto! En efecto, como dice Cristo, de la conquista de la verdad nos viene la libertad, la libertad verdadera que quiere decir perfección de la persona, virtud, santidad.

PRIMERA FILA

Pero el estudio no es sólo trabajo del entendimiento: es también **trabajo de la voluntad**. El intelecto no puede perseverar en solitario en la búsqueda de la verdad —especialmente cuando se trata de verdades morales— si no está constantemente sostenido por la voluntad. No se encuentra la verdad si no se la ama: y el amor es acto de la voluntad. Además, las verdades más altas, que son las del Evangelio, no pueden ser auténtica e íntimamente conocidas sin esa especie de amor sobrenatural que es la caridad, único conducto por el que podemos conocer verdaderamente a Dios, Verdad infinita.

Pero cuando decimos «voluntad», decimos «responsabilidad». No se ha de entender el estudio como un proceso meramente técnico e intelectual, preocupado sólo por el respeto de las leyes de la lógica. Si la voluntad tiene una parte esencial en él, significa que el estudio ha de entenderse como «trabajo», también en sentido moral. El estudio no sirve para desarrollar sólo las virtudes intelectuales, sino también las morales. Tiene, por tanto, una estrecha relación con el bien del hombre. Como acto de responsabilidad, el estudio debe reforzar nuestra responsabilidad en la búsqueda del verdadero bien del hombre. Desde este punto de vista, el estudio es trabajo en un sentido más profundo: no está sólo al servicio de conocimientos abstractos, sino que se revela decisivo en la orientación del hombre hacia su destino eterno.

Muchos hacen notar que hoy

los estudiantes han descubierto el interés y el gusto por un estudio realizado con seriedad. Pero se comprueba también que, por lo general, tal compromiso tiene lugar en el ámbito de un preocupante vacío de valores auténticos. Muchos amigos vuestros son propensos a afrontar el estudio con una actitud positiva de profesionalidad, pero al mismo tiempo lo consideran de un modo tendente al utilitarismo, con vistas a una simple afirmación de sí mismos. Parece que de este modo se reafirma el cínico **slogan** «saber es poder».

Ahora ciertamente el estudio puede entenderse como «trabajo» en el sentido de que debe tener una concreta orientación hacia la **profesionalidad**. Con todo, se ha de estar atento a que esta orientación práctica del estudio no sea consecuencia o expresión de aquel materialismo (cfr. Enc. **Laborem exercens**, n. 13) que reduce al hombre mismo a instrumento de la ambición propia o ajena. Debemos repetir que trabajar es servir y que la alegría de ponerse a sí mismos y el propio trabajo al servicio del Bien, nunca podrá ser sustituida por el espejismo de un efímero poder individual.

Por esto, comprendemos que el «estudio como trabajo» es una expresión en la que se evoca el «trabajo» que debemos cumplir en nosotros mismos para madurar como hombres, más aún, como cristianos.

El trabajo más importante no es el de la transformación del mundo, sino la transformación de nosotros mismos, para ser cada

UNIV 83

vez más parecidos a la imagen de Dios que el Creador ha inscrito en nuestro ser. No valdría de nada someter la naturaleza con los descubrimientos tecnológicos más refinados, si después no fuésemos capaces de someternos personalmente a la guía de nuestra conciencia iluminada por la ley divina. En tal caso nos interpelaría la inquietante interrogación del Señor: «¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si después pierde su propia alma?» (Mc 8, 36).

Por tanto, el sentido del trabajo viene iluminado por el sentido cristiano de la vida; la comprensión de la fatiga humana depende de la comprensión de la vocación con que Dios llama al hombre a servir al Bien con todas sus fuerzas, en todas sus obras. El hombre es el fin del trabajo, pero el fin del hombre es Dios: el significado del trabajo supera pues, al trabajo mismo y lo libera.

A partir de este momento podemos comprender cuál es el sentido más profundo del estudio y del trabajo a la vez: la **búsqueda de la santidad**. La tarea que se abre ante vosotros, que procuráis dar un testimonio cristiano en el trabajo universitario, se puede expresar por tanto en una palabra llena de contenido: santidad. Santidad en el estudio y mediante el

estudio. El mundo del trabajo tiene necesidad de vuestra vida santa. Y esta vida santa está hecha de doctrina y de oración, de intimidad con Cristo y de trabajo: está hecha de Amor. ¿El motivo de esto? Lo saco de palabras ciertamente bien conocidas por vosotros: «Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina. Esta es la razón por la cual os tenéis que santificar, contribuyendo al mismo tiempo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente: esa profesión u oficio que llena vuestros días, que da fisonomía peculiar a vuestra personalidad humana, que es vuestra manera de estar en el mundo» (Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 46).

El trabajo es por tanto capacidad de amar a Dios y a los hermanos, esfuerzo por cooperar en el proyecto del Creador en favor de sus criaturas (cfr. Enc. *Laborem exercens*, n. 25). Y puesto que el pecado, que inquina las obras del hombre y perturba los lugares de su actividad, transformándolos en puestos de conflicto y de odio, es obstáculo al amor de Dios, resulta evidente que el cristiano sabrá servir en el mundo del trabajo, sólo si sabe luchar contra el pecado que anida en su alma. Parece oportuna en este momento la llamada «a un empeño singular de penitencia y de renovación» (Bula *Aperite portas*, n. 4) que he dirigido a todos los fieles con ocasión del Año Jubilar de la Redención. Pensad en la grandiosa

PRIMERA FILA



fuerza de transformación del mundo que hay aquí encerrada.

La invitación a la penitencia del Año Santo no es una voz de tristeza, sino de alegría: invitación a la sufrida contemplación del Misterio de la Pasión de Cristo e invitación a la alegría de volver a nacer mediante el perdón: la santidad cristiana no consiste en ser impecables, sino en la lucha por no ceder y por volver a levantarse siempre, después de cada caída. Y no deriva tanto de la fuerza de la voluntad del hombre, sino más bien del esfuerzo para no obstaculizar nunca la acción de la gracia en la propia alma, y ser, más bien, sus humildes «colaboradores»: he aquí el «estudio», he aquí el «trabajo» más importantes.

En el anuncio del Año Santo de la Redención, he hablado de «un año ordinario celebrado de modo extraordinario» (Bula **Aperite portas**, núm. 3). A vosotros os pido hoy realizar extraordinariamente vuestro trabajo ordinario: con seriedad humana, pero sobre todo con un amor que crezca de día en día, que traiga frutos de fidelidad. Así, purificando vuestra vida, veréis constantemente la luz frente a vosotros. Carísimos, que la Virgen, **Stella Matutina**, esclarezca siempre, cada nuevo día, vuestro renovado empeño por seguir a su Hijo y conducir a El todas las criaturas.

Os acompaña mi afectuosa bendición■



UNIV
83

LA AUDIENCIA MAS INFORMAL DEL AÑO

La gente se sorprendía del entusiasmo juvenil de los casi 5.000 estudiantes procedentes de 282 universidades de todo el mundo. Estaba concluyendo el saludo Pascual que Juan Pablo II dirigió desde el balcón central de San Pedro. La mañana era fría y desapacible, a causa de la lluvia y el viento, inusuales en la Ciudad Eterna por estas fechas. Sin embargo, la fe y el cariño, en forma de gritos, aplausos y ondear de pancartas con el lema UNIV-83, hacían olvidar el mal tiempo.

«BUONA PASTA»

Al terminar el acto, la muchedumbre fue abandonando la Plaza de San Pedro. Pero los jóvenes querían ver de nuevo al Papa. Se arremolinaron delante del balcón de su estudio privado y siguieron cantando y aplaudiendo con fuerza. No transcurrió mucho

tiempo. El balcón se abrió y apareció sonriente el Santo Padre. «Si UNIV quiere vivir, debe comer. Os saludo a todos en este gran día de fiesta. Buena Pascua y «buona pasta», dijo con buen humor aludiendo al famoso «spagetti» italiano. Hasta pronto. Nos veremos después». El divertido saludo del Papa nos hizo pensar en el encuentro que tendríamos con él a primera hora de la tarde.

Ya es tradicional que el último día del Congreso UNIV-83 los universitarios acudan al Patio de San Dámaso del Vaticano a despedirse del Papa y mantener con él la audiencia más informal del año.

El encuentro estaba previsto a las 6 de la tarde, pero dos horas antes ya estábamos en el **Portone di bronzo**, que da acceso a las estancias pontificias, a fin de pasar con calma al Patio de San Dámaso.

En ese clima de espera todo eran saludos, comentarios y deseos de que llegara Juan Pablo II. Pequeños grupos de estudiantes con guitarras eléctricas, baterías y otros instrumentos musicales anunciaban lo que iba a suceder.

El Patio, majestuoso y bien proporcionado, está rodeado por las cristaleras de los tres edificios que lo forman. En un lateral, a un metro del suelo, se alza un balcón amplio, cerrado por una barandilla de hierro. Frente a este balcón se habían reunido los 5.000 participantes del UNIV-83.

En la espera, bajo una amenazante lluvia, se ensayaron canciones e intervino una tuna estudiantil. Todos permanecíamos de pie sobre el empedrado húmedo. Las

miradas se clavaban en la balconada atentas a que apareciese el Santo Padre.

Por fin, se abrió la puerta que da acceso al balcón. Todos prorrumparamos en un aplauso ensordecedor. El Papa saludaba divertido y, a veces, se tapaba los oídos, como queriendo indicar que el volumen era muy elevado. Una capa negra recortaba su figura blanca. Tras su profunda mirada se adivinaba el cansancio producido por los actos de la Semana Santa, pero la alegre audiencia le había devuelto su energía habitual.

CANCIONES Y ANECDOTAS

Un estudiante agradece al Papa este nuevo encuentro en su casa. Luego retumban en el Patio canciones en varios idiomas, interrumpidas por estudiantes de todo el mundo que cuentan al Papa anécdotas de su vida, le trasladan sugerencias o, simplemente, le piden su bendición.

Más adelante, la Dra. Myriam Puig, pediatra venezolana que presidía el Congreso, resumió las conclusiones de las sesiones de Trabajo. Después, nuevas canciones y más anécdotas.

Una estudiante china, que había sido bautizada por el Papa en la Vigilia Pascual del día anterior, le contó al Papa cómo se había convertido a la fe católica en Valencia, donde sus padres dirigen un restaurante. Y, acto seguido, interpretó una moderna canción oriental, ante las expresiones de



asombro de Juan Pablo II y de la multitud.

Dos estudiantes, uno libanés y otro sirio, contaron al Papa cómo se habían conocido en Roma durante el Congreso y cómo habían comprendido que la guerra era consecuencia de la falta de virtudes cristianas. Su amistad les había animado —añadieron— a traba-

UNIV 83

jar en favor de la paz en sus respectivos países.

Un israelí de Belén manifestó que había sido ortodoxo hasta hacía dos días y que el Jueves Santo fue admitido en la Iglesia Católica. Se había dado cuenta de la necesidad del Primado de Pedro en la Iglesia y mostró su adhesión y cariño por la persona del Papa.

Una estudiante de Utrecht contó luego su conversión del protestantismo al catolicismo, animada, sobre todo, por la alegría de los católicos, cuya clave la encontró en poder confesar sus pecados y después olvidarlos.

Otros le relataron anécdotas de sus últimos viajes apostólicos por España y Centroamérica. Un guatemalteco habló, por ejemplo, de un amigo suyo agnóstico que pudo ver muy de cerca al Papa y que cuando sus miradas se cruzaron su agnosticismo experimentó una extraña sensación que le llevó a cambiar de vida y a practicar de nuevo su fe.

«UNIV TRAE LA LLUVIA»

Las canciones sucedían a las anécdotas, mientras llovía intermitentemente. Un grupo de sevi-

llanas cantó algunas canciones andaluzas con letra alusiva al Papa y a sus viajes. Después, una de ellas agradeció a Juan Pablo II esta agradable tertulia. «Nunca hemos aguantado más a gusto la lluvia, Santo Padre», añadió en perfecto andaluz.

Había transcurrido más de una hora. Juan Pablo II, que hasta entonces había hablado con la mirada y con los gestos, explicó que ya en la audiencia anterior había dicho lo más importante. Ahora había preferido callar y contemplar a todos. Sin embargo se refirió brevemente a la alegría de la Pascua y a la responsabilidad de ser testigos de Cristo resucitado. Luego agradeció la tertulia y la ayuda de los jóvenes en sus viajes apostólicos: «Os he encontrado en todas partes. Os agradezco de corazón vuestra ilusión juvenil, vuestro trabajo, vuestra oración, en favor del buen éxito de mis viajes apostólicos. Muchas gracias a todos». Después impartió su bendición para los presentes, para sus familias y para las universidades representadas y señaló con una amplia sonrisa que el repetido eslogan de «UNIV viva el Papa» debería haber sido este año «UNIV trae la lluvia».

Antes de salir de Roma, los participantes en el Congreso volvieron a reunirse bajo el balcón del estudio privado de Juan Pablo II. Y nuevamente las canciones hicieron salir al Papa. Su imagen dando la bendición en medio de una noche fría fue el mejor recuerdo que nos llevamos de la Ciudad Eterna■

J.B.